

No estaba todavía Bellay muy lejos de la corte de Londres, cuando se declaró en ella que la potestad de los Papas no estaba fundada en principio alguno de derecho y de equidad, que no era mas que una série de exacciones y tiranías, especialmente opresivas de las islas británicas, y cuyo peso les era ya insopportable: que todos los esfuerzos hechos en el largo espacio de trescientos años para reducirla á una justa moderacion, habian sido inútiles, no quedando otro arbitrio que el de abolirla enteramente; y que por consiguiente el Papa no seria ya reconocido mas que por obispo de Roma, y no se le atribuiria autoridad alguna fuera de esta particular diócesis. Poco despues se declaró tambien, que se cesaria de ir á Roma para toda especie de negocios, que todas las causas de que se habia acostumbrado apelar al Papa, serian juzgadas en última instancia por el Rey y sus consejos: que los obispos no podrian congregarse en adelante sin orden suya, y que sus estatutos ó cánones no tendrían fuerza alguna sin que él los hubiese aprobado. Hicieron luego predicar al pueblo, que el obispo de Roma no tenia ya mas poder en Inglaterra que cualquiera otro obispo extranjero.

20. Enrique VIII solo agradeció todos los buenos oficios del mismo Francisco I, quejándose amargamente de la conducta de este amigo tal vez demasiado fogoso, de sus relaciones con el Papa, de los honores tributados á Clemente en Francia, y de la veneracion que la iglesia galicana conservaba á la santa Sede. Pero igualmente incapáz de ser infiel á su fe

y á sus amigos, el Monarca Cristianísimo respondió á todas las seducciones anglicanas en estos términos tan dignos del hijo primogénito de la Iglesia: „en cualquiera otra cosa tendré siempre hácia Enrique el afecto de un hermano; pero en lo que es contrario á la Religion, no me asocio con nadie.” Tal era el estado del cisma de Inglaterra hácia el fin del año 1533, en el cual por otra parte se abrió la puerta al Evangelio en el vasto y rico imperio del Perú. ¡Pero qué crueldades y estragos debian preceder á la egecucion de los designios de misericordia que el cielo habia concebido en favor de aquellas infelices regiones!

21. Un aventurero, que no tenia la mas fina educacion, ni la mayor ilustracion y crianza, y solamente se preciaba de ser cristiano, hizo la conquista de este imperio (1). Francisco Pizarro (tal es el nombre de este famoso conquistador) era español, hijo natural de un hidalgo de Estremadura. Abandonado desde su primera infancia, ni siquiera aprendió á leer, y se vió reducido á la miseria. Su carácter lleno de energia y de una bárbara crueldad, junto con un temperamento robusto, apenas habia comenzado á desenvolverse, cuando siguió la aficion de aventurero que se habia estendido en España, aun en el pueblo mas bajo, con respecto al Nuevo-mundo. Embarcóse para las colonias ya fundadas, donde la ambicion y la sed de oro, iguales en él á la ferocidad, le hicieron bien pronto escoger con preferencia las espediciones mas arriesgadas. En todas partes se distinguió

(1) *In Colect. Ramus. Relat. Franc. Xerez. Mirian. l. 26. c. 3.*

querido sublevar sus vasallos contra los españoles; y por esta imputacion, tan singular como destituida de pruebas, fue condenado y entregado á la muerte. Concluida esta egecucion, Pizarro entró en el Cuzco, donde unos tesoros mas considerables que todos los que poseía la Europa entera antes del descubrimiento del Nuevo-mundo, fueron la presa de doscientos miserables, sin saciar su codicia. La embriaguéz, por el contrario, no hizo mas en ellos que aumentar la sed. Despues de haber despojado las casas de los particulares, lo mismo que los templos y edificios públicos, de un extremo del reino al otro, egercieron toda suerte de violencias contra los peruanos, sus mugeres y sus hijas, á fin de sacarles los tesoros que suponian todavía ocultos.

Los pueblos tomaron desesperados las armas en todas partes, y sitiaron á un tiempo muchas plazas; pero sus débiles armas no lograron, segun parece, derrotar mas que seiscientos de sus enemigos, los que, recibiendo incesantemente refuerzos atraidos por el aliciente cada vez mayor, que habia escitado á los primeros, acabaron con ser victoriosos en todas las provincias. En muy breve tiempo se hallaron los españoles en el Perú, en número de tres mil arcabuceros, sin contar los piqueros, los ballesteros y la caballería. La opresion de los peruanos no tuvo desde entonces otra regla que el capricho de sus opresores, aunque éstos no podian pretestar, como en Méjico, los derechos del cielo y de la naturaleza, cuyos agravios se preciaban de vengar. Estos pueblos humanos

y pacíficos no sacrificaban los hombres á sus dioses, y no oían hablar sin horror de los antropófagos. El adulterio entre ellos era castigado severamente en ámbos sexos. La poligámia generalmente prohibida. Solo el inca tenia concubinas, porque creían no poder jamás multiplicar demasiadamente la familia del sol. Los ancianos y enfermos, comunmente abandonados, y algunas veces entregados á la muerte por otros bárbaros, eran alimentados en el Perú, con la única obligacion, respecto á que no sufrían la ociosidad, de espantar los pájaros de las sementeras y de las mieses. Pero si este buen pueblo no pudo vengarse, sus tiranos se destruyeron á sí mismos con sus propias manos.

22. Almagro, que se hallaba en Panamá al tiempo de la victoria y pillage de Pizarro su asociado, acudió con nuevos saqueadores para dividir el botin. No se halló bastante oro en el Perú para saciar la codicia de dos hombres. Indispusiéronse uno contra otro, y como cada uno tenia su partido, vinieron á las manos, y la victoria se declaró por el mas culpable; es decir, por Pizarro, que no temia contravenir á la igualdad de la reparticion, ley sagrada entre los mismos bandidos. Almagro, vencido y hecho prisionero por el hermano de Pizarro, fue cargado de cadenas, y sacrificado jurídicamente al reposo de su rival, como perturbador de la tranquilidad pública. Pizarro esperimentó alternativamente los caprichos de la suerte, ó por mejor decir, los golpes inevitables de una Providencia que debe en algun modo purgar la

tierra de semejantes mónstruos; pero fueron ménester muchos años para la inmolation de tan grandes víctimas, cuya historia hemos creído no deber interrumpir.

El odioso Almagro habia dejado un hijo tan emprendedor y mas hábil que su padre. Este jóven se puso al frente de los partidarios de su faccion, y todos usaron de una circunspeccion, de una perseverancia y de un secreto desconocido en todas las naciones, fuera de la suya. Estando todo tramado en estas tinieblas impenetrables, con una prevision á la cual nada se habia escapado, en el dia señalado para la muerte de Pizarro, jurada con voz unánime, se quitaron á un tiempo los conjurados la máscara en medio del dia, á fin de dar á su atentado el aspecto de una egecucion legitima. Atravesaron con armas las calles de Lima, sin que nadie se creyese obligado á resistirlos; y en medio de esta nueva capital, fundada por Pizarro, sacrificaron, despues de mil ultrages, esta víctima á su venganza, ó por mejor decir, á la venganza Divina. De nada sirvió á los parientes, á los amigos, á las hechuras y á los soldados del tirano, la tranquilidad que manifestaron. Ellos habian tenido parte en sus delitos, y participaron de su castigo. Durante todo el tiempo que pasó sin poder recibir de España el socorro necesario, se vieron en Lima y en otros muchos lugares del Perú, no solamente los escesos y horrores de las plazas asaltadas por bárbaros, sino todo el furor que unos bandidos escludidos del botin podian egercer sobre los compañeros infieles de sus despredaciones.

El remedio vino en fin de la metrópoli, y los nuevos gobernadores enviados de España, mostraron por su fidelidad en desempeñar su comision, que si la corte autorizaba la conquista del Perú, queria á lo menos desterrar de él la tirania (1). Fue declarado que las tierras invadidas por los conquistadores no pasarian á su posteridad: que los peruanos reducidos á servidumbre, serian puestos en libertad: que no se los podria sepultar en las ruinas, ni exigir de ellos trabajo alguno sin pagarles. En una palabra, se les impuso un tributo arreglado, y se los aseguró contra toda exaccion tiránica. Si estas leyes se observaron mal, fue la causa la distancia del poder soberano, y jamás su connivencia á la injusticia. El jóven Almagro, que tuvo la osadia de resistirle, pereció en un cadalso. Un nuevo Pizarro, llamado Gonzalo, tuvo la misma suerte, despues de haberse atrevido á combatir el egército real, y lisongeándose de hacerse en el Perú un estado independiente. Carvajal, su cómplice, mónstruo que se gloriaba de haber degollado él solo veinte mil indios, fue descuartizado. Todos los demás malvados que pudieron haberse á las manos y ser convencidos, experimentaron una severidad proporcionada á sus atentados; lo que sin embargo solo dió á un mal extremo un remedio, ó por mejor decir un paliativo efimero. Desde lo interior de España ó de Alemania, no podia Cárlos V velar sino imperfectamente sobre los vireyes del Nuevo-mundo, sobre todo durante las turbulencias que las sectas y facciones

(1) Ulloa. *in vit. Car. V. l. 3. et 5.*

por su intrepidez, por sus consejos atrevidos, y por una actividad infatigable: hizo olvidar el vicio de su cuna, y adquirió los conocimientos necesarios para mandar en jefe. Habiendo entonces oído hablar de un nuevo país en que el oro amontonado brillaba bajo las primeras capas de la tierra, y no concibiendo cosa alguna inferior á su esfuerzo, formó el proyecto de invadir el Perú. Asocióse con Diego de Almagro, tan determinado como él, y de un nacimiento nada brillante. Conviniéronse en que Pizarro comandase los bandidos que pudieron reunir desde luego en número de unos doscientos, con algunos caballos, mientras que Almagro continuaria los enganches, para llevar refuerzos y ocurrir con socorros según las necesidades. Tal fue el plan de ataque; y véase aquí cuál era su objeto.

Hacia cuatrocientos años solamente (lo que es poco verosímil, no obstante el gran número de relaciones, todas españolas) hacia, digo, cuatrocientos años, que Manco Capac, descendiente, según los autores de estas relaciones, de algunos navegantes de Europa arrojados por una tempestad sobre las costas de América, había fundado el imperio de los incas, donde sin embargo no se halló vestigio alguno, ni de nuestras artes más usuales, ni de nuestra religión, ni aun de nuestra escritura; pues los signos vagos de los peruanos eran todavía más imperfectos que los jeroglíficos groseros de Méjico. No obstante, este imperio de seiscientas leguas de ancho y de trescientas de largo, y sobre todo su civilización, no puede menos

de causar maravilla, en comparación de las poblaciones salvajes que le rodeaban. Las leyes tan sencillas como el espíritu de este pueblo, el desprecio del oro y de la plata que nacían debajo de sus pies, la inutilidad de la moneda, de la que ni aun siquiera conocían el uso, la ignorancia del lujo y del comercio, su situación entre el vasto mar del Sur, y la cordillera inaccesible de montañas que la ponían á cubierto del contagio, de las conexiones y vicios extranjeros, la cultura continua de una tierra fértil, poseída y aprovechada en común, su respeto religioso á un Soberano que creían ser hijo del sol; es decir, del más grande de sus dioses, un gobierno paternal que dividía el Príncipe con los padres de familia, igualmente responsables que sus dependientes de la inobservancia de las leyes: tantas precauciones y felices casualidades habían hecho prosperar el estado bajo de once Emperadores, durante cuatro siglos de una edad de oro, al cabo de los cuales, si queremos dar crédito á los escritores españoles, le inquietaron por la primera vez la discordia y el fratricidio.

Habiéndose apoderado el inca Huana-Capac del reino de Quito, casó con la única heredera del Rey destronado, y tuvo de ella un hijo llamado Atahualpa ó Atabalipa. Este joven Príncipe debía reinar después de la muerte de su padre sobre la herencia de su madre; pero el inca Huascar, su hermano mayor, quiso despojarle de ella, ó á lo menos hacerle tributario. Atabalipa fingió someterse al homenaje, y con pretexto de rendirlo con mayor pompa, escogió para

su comitiva los mayores soldados de su territorio, y se adelantó hácia Cuzco, entonces capital del imperio. Huascar sorprendido fue derrotado sin dificultad, hecho prisionero y muerto; y el vencedor, no solo favorecido sino lisongeado de la fortuna, se halló dueño de todas las provincias. Los disturbios escitados por unos espectáculos, á los cuales este pueblo estaba poco acostumbrado, fueron los que dieron lugar á la invasion del imperio. En medio de su fermentacion desembarcaron en él los españoles en 1533. La confusion y el desorden del estado los preocupó de manera, que ni el Príncipe ni sus ministros pensaron en oponerse á la marcha de Pizarro, el que llegó sin el menor obstáculo á la casa real de Cajamalca.

Dicen que era una tradicion transmitida de edad en edad en el Perú, desde el fundador europeo de aquel imperio, que vendrian un dia por mar hombres barbudos, con armas tan superiores á las del pais, que nada seria capaz de resistirlos. Si alguna cosa puede apoyar esta opinion, es seguramente la conducta que observó Atabalipa con respecto á aquel puñado de bandidos. Tenia ciudades de guerra y de armas, que á la verdad eran poca cosa comparadas con las de Europa, pero hubieran sido mas que suficientes, á lo menos por el número, para esterminar á unos bandidos casi tan mal disciplinados como sus propias tropas. El Perú por otra parte enteramente desconocido entonces á los españoles, es un pais muy escabroso, generalmente cubierto de dunas movedizas, ó de montañas escarpadas, cortado de rios y de arroyos,

de gargantas y desfiladeros, en que algunos centenares de hombres, sin ser muy resueltos, pudieran haber hecho perecer los egércitos mas numerosos y aguerridos. Sin prevalerse de alguna de estas ventajas, Atabalipa por el contrario solo se esmeró en dar buena acogida á unos huéspedes tan fatales: envióles con diligencia frutos, granos, y lo que sabia que les era mas agradable, vasos de oro y plata, de los cuales muchos estaban llenos de esmeraldas. No dejaba de sentir la injuria hecha á su corona con la repentina y violenta aparicion de aquellos estrangeros en medio de sus estados; por lo que manifestó el deseo que tenia de verlos salir cuanto antes, y declaró que el dia siguiente iria á avocarse á este efecto con su gefe.

A este anuncio Pizarro tomó inmediatamente su resolucion, y lo preparó todo para combatir; pero sin dejar percibir el menor aparato de guerra. Colocó la caballería que tenia en los jardines del palacio, de modo que no pudiera ser descubierta: la infantería fue apostada de una y otra parte en el patio, y la artillería en el centro, y vuelta hácia la puerta por donde debia entrar el Emperador. Atabalipa vino confiadamente al sitio señalado, acompañado no obstante de doce á quince mil hombres, tanto de su comitiva, como de su guardia ordinaria. Era conducido sobre un trono de oro, y este metal alhagüeno brillaba igualmente en las armas de sus tropas. Al ir á poner el pie en el lazo tendido por sus asesinos, se volvió hácia sus principales oficiales y les dijo: estos estrangeros son los enviados de Dios, guardaos de ofenderlos. A

la puerta del palacio donde estaba Pizarro, se acercó al Príncipe idólatra un español celoso, le espuso por medio de un intérprete los principales artículos del cristianismo, le estrechó á abrazarle, y le propuso al mismo tiempo la sumision al Rey de España, á quien la Cabeza de esta Religion divina habia dado el Perú. El Emperador le escuchó con mucha atencion, le respondió que de buena gana seria amigo del Rey de España, mas no su tributario, y que el gran sacerdote de los cristianos era injusto, dando lo que no le pertenecia. En cuanto á mi religion, añadió, estoy todavía menos dispuesto á dejarla por la vuestra. Vosotros adorais un Dios muerto en un suplicio, y yo adoro el sol que nos anima á todos. Preguntó luego dónde habian aprendido lo que acababan de decirle; y presentándole el Evangelio le respondieron que en aquel libro. El peruano, que no tenia nocion alguna de la lectura ni escritura, tomó el libro con admiracion, le miró por todas partes, luego le arrojó sonriéndose y diciendo, que aquel libro no le habia dicho cosa alguna de lo que alegaban.

Ved aquí todo el delito de aquel desgraciado inca, si no fue mas bien el oro que resplandecia debajo de sus pies y en las manos de sus súbditos. Trataron inmediatamente á él y á su comitiva de blasfemos, de impíos que pisaban el Evangelio, y que despreciando la luz que la clemencia divina hacia brillar á sus ojos, no merecian ya mas que ser precipitados sin remision en las tinieblas eternas. Hicieron inmediatamente uso de todo género de armas: figúrese aquí,

si es posible, el espanto, el desórden, los estragos que causaron en aquella multitud sorprendida y cerrada, los caballos que los estrellaban debajo de sus pies, y el efecto de la mosquetería, del cañon, que ellos tenian por un rayo, y que echaba por tierra hasta en las últimas filas á aquellos á quienes no llegaban los tiros. En un momento fueron todos derribados unos sobre otros, y los últimos, que cayeron al golpe del sable y de la pica, acabaron de sofocar con su peso á los que habian podido conservar un soplo de vida en este monton de cadáveres. Hízose una carnicería horrible por todos los medios que una estremada codicia pudo sugerir á la crueldad. Pizarro marchó en persona hácia el Emperador, hizo degollar por sus mas feroces asesinos todo cuanto rodeaba el trono, puso prisionero al Monarca, y persiguió en el resto del dia á los que pudieron escapar del campo de batalla: una multitud de Príncipes de la sangre real, los ministros, la flor de la nobleza, todos quantos componian la corte del Emperador fueron sacrificados á la seguridad del tirano. No perdonó á una multitud deplorable de mugeres, de ancianos y de niños que la autoridad sola habia traído al rededor de aquel sitio.

Pizarro, despues de esto, para saciar sin obstáculo toda su codicia, no pensó mas que en deshacerse de su prisionero; y poniendo el colmo á la atrocidad que pretendia paliar, revistió de las fórmulas del derecho el asesinato del Monarca. Hicieron al desgraciado inca su proceso en forma. Acusáronle de haber